

¡Ay! como si salud á mi locura
Diese lo que ahora triste voy diciendo,
O como si del mal del pecho humano
Supiese condolerse aquel tirano.
Mas ya ni quiero ninfas ni cantares,
Los versos no me placen ni los quiero,
Ni gusto por montañas y lugares
Asperos perseguir el puero fiero;
Las selvas no remedian mis pesares
Ni la cruel herida de que muero;
Ni estudio mio; oh pena, oh triste duelo!
Podrán mudar aquel que abraza el suelo.
No pueden, ni si enmedio del invierno
Pusiese dentro el pecho el Ebro helado,
Ni si cuando del olmo el cuero interno
Se seca en los Guineos, su ganado
Paciese encomendado á mi gobierno,
Y cuando el sol en Cancro está encumbrado;
Y pues vencido amor todo lo tiene,
Rendirmosle de fuerza nos conviene.
Esto me haste, oh Musa, haber cantado
En cuanto un canastillo estoy tejendo
A Galo, cuyo amor, cual bien plantado
Alamo, en mi por horas va creciendo;
Alto, que el ya á la sombra estar sentado
Daña, y de enebro mas la sombra siendo,
Y aun á las mieses son las sombras frias;
Id hartas, que anochece, id, cabras mias.

ODAS DE HORACIO FLACO.

ODA PRIMERA DEL LIBRO PRIMERO.

De claros reyes claro descendiente,
Mecenas, mi honra toda y grande amparo,
A unos les agrada la carrera
Y polvo del Olimpo, y la colona
Con arte y con destreza no tocada
De la hervorosa rueda, y la victoria
Noble, si la consiguen, con los dioses,
Señores de la tierra, los iguala;
A otro, si á porfia el variable
Vulgo le sube á grandes dignidades;
A otro, si recoge en sus paneras
Cuanto en las eras de Africa se coge.
Con quien gusta del campo y su labranza,
No será parte de Atalo el tesoro
A menecalle del, y hacer que corra
La mar, hecho medroso navegante.
En cuanto al mercader le dura el miedo
De cuando el vendaval conmueve guerra
Al golfo Icario, loa á boca llena
Los prados de su pueblo y el sosiego;
Mas luego, á la pobreza no se haciendo,
Se torna á rehacer la rota vela.
Algunos hay tambien á quien no pesa
Con el sabroso vino, ni de al dia
Sus ciertos ratos darse á buena vida,
A veces so la sombra verde puestos,
A veces á la pura y fresca fuente.
Ama los escuadrones el soldado,
Y el son del atambor y la pelea,
De las que madres son tan maldecida.
El que la caza sigue, persevera
Al hielo y á la nieve, descuidado
De su moza mujer, si acaso han visto
Los perros algun corzo, y si ha rompido
El bravo jabali las puestas redes.
A mi la yedra, premio y hermosura
De la gloriosa fuente, me parece
Una divinidad; el monte, el bosque,
El baile de las ninfas, sus cantares
Me alejan de la gente, y mas si sopla,
Euterpe, tu clarín, y Polihimnia
No deja de me dar la lesbia lira.
Y así, si tú en el número me pones
De los poetas liricos, al cielo
Que toco pensaré con la cabeza.

LA MISMA.

Ilustre descendiente
De reyes, oh mi dulce y grande amparo,
Mecenas, verás gentes
A quien el polvoroso Olimpo es caro,
Y la señal cercada
De la rueda que vuela, y no tocada;
Y la noble vitoria
Los pone con los dioses soberanos.
Otro tiene por gloria
Seguir del vulgo los favores vanos,
Y otro, si recoge
Cuanto en las eras de Africa se coge.
Aquél que en labranza
Sosiega de las tierras que ha heredado,
Aunque en otra balanza
Le pongas del rey Atalo el estado,
Del mar Mirtoo dudoso
No será navegante temeroso.
El miedo mientras dura
Del fiero vendaval al mercaderante,
Alaba la segura
Vivienda del aldea, y al instante,
Como no sabe hacerse
Al ser pobre, en la mar torna á meterse.
Habrá tambien alguno
Que ni el banquete pierda ni el buen dia
Que hurta al importuno
Negocio el cuerpo, y dase al alegría,
Ya so el árbol florido,
Ya junto nace adó el agua tendido.
Los escuadrones ama
Y el son del atambor el que es guerrero,
Y á la trompa que llama
Al fiero acometer mueve el primero;
La batalla le place,
Que á las que madres son tanto desplace.
El que la caza sigue,
Al hielo está, de si mismo olvidado,
Si el perro fiel prosigue
Tras del medroso ciervo, ó si ha dejado
La red despedazada
El jabali cerdoso en la parada.
La yedra, premio dino
De la cabeza docta, á mi me lleva
En pos su bien divino;
El bosque fresco, la repuesta cueva,
Las ninfas, sus danzares,
Me alejan de la gente y sus cantares.
Euterpe no me niegue
El soplo de su flauta, y Polihimnia
La citara me entregue
De Lesbos, que si á tu juicio es dina
De entrar en este cuento
Mi voz, en las estrellas haré asiento.

ODA IV, LIB. I.—*Solvi acris.*

Ya comienza el invierno riguroso
A templar su furor con la venida
De Favonio suave y amoroso,
Que nuevo ser da al campo y nueva vida;
Y viendo el mercaderante bullicioso
Que á navegar el tiempo le convida,
Con máquinas al mar sus naves echa,
Y el ocio torpe y vil de si desecha.
Ya no quiere el ganado en los cerrados
Establos recogerse, ni el villano
Huelga de estarse al fuego, ni en los prados
Blanquea ya el rocío helado y cano;
Ya Venus con sus ninfas concertados
Bailes ordena, mientras su Vulcano
Con los ciclopes en la fragua ardiente
Está, al trabajo atento y diligente.
Ya de verde arrayan y varias flores,
Que á producir el campo alegre empieza,
Podemos componer de mil colores
Guirnalda que nos ciñan la cabeza.
Ya conviene que al dios de los pastores
Demos en sacrificio una cabeza

ODA XIV, LIB. I.—*O navis.*

¿Tornarás por ventura
A ser de nuevas olas, nao, llevada
A probar la ventura
Del mar, que tanto tienes ya probada?
¡Oh! que es gran desconcierto,
¡Oh! toma ya seguro, estable puerto.
¿No ves desnudo el lado
De remos, y cuál crujen las antenas
Y el mástil quebrantado
Del ábrego ligero, y como apenas
Podrás ser poderosa
De contrastar así la mar furiosa?
No tienes vela sana,
Ni dioses á quien llares en tu amparo,
Aunque te precies vana-
Mente de tu linaje y nombre claro,
Y seas noble pino,
Hijo de noble selva en el Euxino.
Del navio pintado
Ninguna cosa fia el marinero
Que está experimentado,
Y teme de la ola el golpe fiero;
Pues guárdate con tiento,
Si no es que quieres ser juego del viento.
Oh tú, mi causadora
Antes de congoja y de pesares,
Y de deseo agora
Y no poco cuidado, huye las mares
Que corren peligrosas
Entre las islas Cicladas hermosas.

ODA XIX, LIB. I.—*Mater.*

La madre de amor cruda,
Y el hijo de la Semeles tebana,
Y la lascivia vana,
A la alma que ya está suelta y desnuda
De amar le mandan luego
Que torne y que se abraze en vivo fuego:
El resplandor me abrasa
De Glicera, que mas que mármol fino
Reluce, y me hace brasa
Lo esquivo, dulce della y del divino
Rostro un no sé qué que espira,
Grande deslizadero á quien le mira.
Con impetu viniendo
En mi la Venus, toda desampara
Su Cipro dulce y cara,
Y ni que el scita quiere, ni el que huyendo
Valiente se mantiene,
Ni que diga lo que ni va ni viene.
Aqui incienso y verbena,
Aqui céspedes verdes juntamente,
Y aqui poned, mi gente,
De vino de dos años una llena
Taza; que por ventura
Vendrá, sacrificando, menos dura.

ODA XXII, LIB. I.—*Integer.*

El hombre justo y bueno,
El que de culpa está y manciella puro,
Las manos en el seno,
Sin dardo ni zagaya va seguro,
Y sin llevar cargada
La aljaba de saeta enherbolada.
O vaya por la arena
Ardiente de la Libia ponzoñosa,
O vaya por do suena
De Hidaspes la corriente fabulosa,
O por la tierra cruda,
De nieve llena y de piedad desnuda;
De mi sé que al encuentro,
Mientras por la montaña vagueando,
Mas de lo justo entro
Sin armas, y de Lalaje encantado,
Me vido, y mas ligero
Que rayo huyó un lobo carnicero;

De nuestro hato, ó sea corderillo,
O, si él quisiere mas, un cabritillo.
¿Qué bien tienes, oh Sexto, ya entendido
Que la muerte amarilla va igualmente
A la choza del pobre desvalido
Y al alcázar real del rey potente!
La vida es tan incierta, y tan medido
Su término, que debe el que es prudente
Enfrenar el deseo y la esperanza
De cosas cuyo fin tarde se alcanza.
¿Qué sabes si hoy te llevará la muerte
Al reino de Pluton? donde mal dado
Jugarás si te cabe á ti la suerte
De ser rey de banquete convidado.
Ni te consentirán entretenerse
Con el hermoso Licida, tu amado,
De cuyo fuego faltarán centellas,
Que enciendan en amor muchas doncellas.

ODA V, LIB. I.—*Quis multa.*

¿Quién es, oh Nise hermosa,
Con aguas olorosas rociado,
El que en lecho de rosa
Te cinea el tierno lado,
Y á quien en nudos bellos
Con simple asejo peinas los cabellos,
Ordenas? ¿Cuántas veces
Su dicha llorará y te mudada,
Y del favor las veces,
¡Ay! y la mar airada
Sus vientos, su rencilla
Contemplará con nueva maravilla.
El que te goza agora
Y tiene por de oro, y persuadido
De liviandad, te adora,
Y ser de ti querido,
Y siempre y solo, espera,
No sábio de tu ley mudable y fiera
Es, triste y sin ventura,
En cuyos ojos luces no probada;
Yo, como la pintura
Por voto al templo dada
Lo muestra, he ofrecido
Mojado, á dios del mar, ya mi vestido.

ODA XIII, LIB. I.—*Cum tu, Lidia.*

Quando tú, Lidia, alabas
La cerviz bella de color de rosa
Del Telefo, y no acabas
A llamar á los brazos y á ella hermosa,
Mi corazón llagado
Hirviendo con la cólera está hinchado.
Entonces en su asiento
No me queda el color que antes tenia;
Mas el dolor que siento
Por mi rostro las lágrimas envia,
De las cuales presumo
Cuán con pequeña llama me consumo,
En rabia y ira ardiendo,
Si las burlas con vino demasado
Tanto fueron creciendo,
Que han tus hermosos hombros señalado,
Y si el mozo atrevido
Tus colorados labios ha mordido.
Mas temi que, Señora,
No esperaras de ver siempre constante
Quien los besos, que adora
El verdadero amante,
Daño, como grosero,
Do puso Venus su contento entero.
¡Oh dichosos amantes,
A quien preudas de amor puro y sincero
Entre si tan constantes
Tiene con un amor tan verdadero,
Cual no será rompido
En cuanto al cuerpo el alma habrá regido!

Y creo que alimaña
Mas fiera y espantosa no mantiene
La mas alta Alemaña
En sus espesos bosques, ni la tiene
La tierra donde mora
El moro, de fiereza engendradora.
O ya en aquella parte
Que siempre está sujeta al inclemente
Cielo, do no se parte
Espesa y fria niebla eternamente,
Do arbol no se ve,
Ni soplo de aire blando que le oree;
O ya me ponga alguno
En la region al sol mas allegada,
Do no vive ninguno,
Siempre será de mi Lalaje amada,
La del reir gracioso,
La del hablar muy mas que miel sabroso.

ODA XXIII, LIB. I.—*Vitas.*

Rehúyes de mí, esquivas
Cual el corcillo, oh Cloe, que llamando,
La madre fugitiva
Por los no hollados montes va buscando,
Y no sin vano miedo
De la selva y del viento nunca quedo;
Porque si ó la venida
Del céfiró las hojas meneadas
Eriza, ó si escondida
La verde lagartezna las trabadas
Zarzas movio, medroso
Con pecho y con pié tiembla sin reposo.
Pues yo no te persigo
Para despedazarte cruelmente,
O cual tigre enemigo
O cual leon en Libia; finalmente,
Deja, ya casadera,
El seguir á tu madre por do quiera.

ODA XXX, LIB. I.—*O Venus.*

Oh Venus tan temida,
De Gnido y Pafo reina póderosa,
Desampara la hermosa
Cipro, do fuiste siempre tan querida,
Y pásate volando
Adó está mi Gliceria llamando.
Venga en tu compañía
Tu niño burlon y apresurado,
Y las ninfas querria
Con las gracias trajeses á tu lado,
La moedad sabrosa,
Do si no bulle amor, es triste cosa.

ODA XXXIII, LIB. I.—*Albi.*

¡Ay! no te duelas tanto,
Tibulo, ni te acuerdes de olvido
De Glicera, ni en canto
Publicques tus querellas dolorido,
Si por un bien dispuesto
Mozo la fé mentida te has pospuesto.
Porque sabrás que muere
Por Ciro Licorisa la hermosa,
Y Ciro no la quiere,
Y vase en pos de Foloe, desdeñosa,
Y yo se que primero
Se amistarán el lobo y el cordero.
A Venus así place
De aprisionar diversos corazones
En duro lazo, que hace
Compuesto de disformes condiciones,
Y de nuestro error ciego
Saca su pasatiempo y erudo juego.
Por mí lo sé, que siendo
De un principal amor muy requestado,
Yo mesmo consintiendo,
La Mirtale me tiene aberrojado,

La cual es medio esclava,
Y mas enojadiza que mar brava.

ODA VIII, LIB. II.—*Ulla si juris.*

Si, Nise, en tiempo alguno
Haber quebrado tú la fe jurada,
Daño tan solo uno
Pusiera en tí, afeada
En la una siquiera,
O solo un diente en tí se ennegreciera,
Yo te creyera agora;
Mas por el mismo caso que perjura
Te muestras, se mejora
Muy mas tu hermosura,
Y sales hecha luego
Publico y general estrago y fuego;
Y ganas, aunque jures
Por las cenizas de tu madre heladas,
Y luego te perjures,
Y aunque por las calladas
Luces celestiales
Jures, y por los dioses inmortales;
Que burla destas cosas,
Y destas juras Venus, y el ligero
Pecho de las hermosas
Ninfas y el amor fiero,
Que su saeta ardiente
Aguza en crueldad perpétuamente.
Y hácese mayores,
Creciendo para tí los mozos todos,
Y en nuevos servidores
Creces, y de tus modos
No huyen crudos fieros,
Por mas que lo amenacen los primeros.
De tí la cuidadosa
Madre guarda sus hijos y el avaro
Padre, de tí la esposa
Cela el esposo caro,
Cuitada si no viene,
Pensando que tu vista le detiene.

IMITACION DE LA ODA IX, LIB. II.—*Non semper.*

No siempre decendiendo
La lluvia de las nubes, baa el suelo,
Ni siempre está cubriendo
Los campos con la escarcha el torpe hielo,
Ni está la mar salada
Siempre con tempestades alterada.
Ni en la aspera montaña
Los vientos, de continuo haciendo guerra,
Ejecutan su saña,
Ni siempre en la alta sierra
Desnuda la arboleda
Sin hoja, Nise, y sin verdor se queda.
Mas tú continuamente
Insistes en llorar á tu robada
Madre con voz doliente,
Ni á tí la luz dorada
Del sol cuando amanece
Mitiga tu dolor, ni si anochece.
Pues no lloró al querido
Antíloco sin fin el padre anciano,
Que tres edades vido,
Ni siempre en el troiano
Suelo fué lamentado
El principe Troilo, en flor cortado.
Da fin ya á tus querellas,
Y vuelta al dulce canto que solias,
O canta mis centellas,
O tus duras porfias,
Que conyierten en rios
Los siempre lagrimosos ojos míos.
Di cómo me robaste
De enmedio el tierno pecho el alma y vida;
Di cómo me dejaste,
Jamás de mí ofendida,
Y como tú de ingrata
Te precias, y de amar yo á quien me mata.

ODA XIV, LIB. II.—*Heu.*

Con paso presturoso
Se va huyendo ¡ay Póstumo! la vida,
Y por mas religioso
Que seas, no dilatas la venida
A la vejez, ni un hora
Detienes á la muerte domadora;
No, aunque en sacrificio
Degüelles cada dia que amanece
Mil toros por servicio
Del dios Pluton, que nunca se enternece,
Que estrecha la grandeza
Del Ticio con las aguas de tristeza.
Por do pasaron todos
Cuantos la liberal tierra mantiene,
Ansi el que de los godos
Deciende y en su mano el cetro tiene,
Como los labradores
Que viven de tan solo sus sudores.
Y no servirá nada
No haber en la cruel batalla entrado
Ni de la mar airada
Las bravas olas nunca haber probado,
Y en el otoño en vano
Huido habrás el ábrego mal sano.
Que del Cocito es eуро
Las aguas perezosas es forzado
Que veas, y que el duro
Trabajo á que Sisifo es condenado,
Y la casta alevosa
De Danae, y su suerte trabajosa.
Y que dejes muy presto
La casa, tierra y la mujer amada,
Y que solo funesto
El ciprés te acompañe en la jornada,
Solo de todas cuantas
Plantas, para dejar en breve, plantas.
Y tus vinos, guardados
Debajo de cien llavés, del dichoso
Herederó gastados
Serán, y del licor, que en suntuoso
Convite aun no he gustado,
De tu casa andará el suelo bañado.

ODA XVIII, LIB. II.—*Non ebur.*

Aunque de marfil y oro
No está en mi casa el techo jaspeado
Con la labór del moro,
Ni las vigas de Himecia sustentado
Columnas muy labradas
De los confines de Africa acortadas;
Y aunque no fui heredero
De las riquezas de Atalo y su estado,
Ni tengo en mi granero
El trigo que en la Apulia se ha sembrado,
Ni envian mis criadas
De Colonia las granas adobadas;
Pero uña mediania
Con un ingenio y vena razonable
Tengo, con que me hacia,
Aunque pobre, á los ricos agradable,
Y en aquesta pobreza
Nunca pedí á los dioses mas riqueza.
Ni pido al poderoso
Amigo que me dé mayor estado,
Pues llamo yo dichoso
Al que me da mi granja y campo amado,
Y veo cuál se alejan
Los dias, que vuelan, y vejez me dejan.
Tú buscas oficiales,
Casi entregado á la vejez odiosa,
Que te corten iguales
Los mármoles y losa
Para edificar casa, ya olvidado
De la muerte, que tienes tan al lado.
Y poco le parece
A tu avaricia toda la ribera;
Que á edificar se ofrece
Dentro del mar, quizá porque acá fuera

Y cómo, aunque fallece
En mí ya la esperanza y alegría,
La fe viiendo, crece
Mas firme cada dia,
Y siendo el agraviado,
Perdon ante tus piés pido humillado.

ODA X, LIB. II.—*Rectius.*

Si en alta mar, Licino,
No te engolfares mucho, ni temiendo
La tormenta, el camino
Te fueres costa á costa prosiguiendo,
Entre la demás gente
Sabrosa vivirás y dulcemente.
Que quien con amor puro
La dulce mediania ama y sigue,
Está libre y seguro
De las miserias en que el pobre vive,
Y carece de grado
Del palacio real rico, envidiado.
Que al fin mas cruda guerra
El viento hace al pino mas crecido,
La torre viene á tierra,
Cuanto es mas alta con mayor ruido,
Los montes ensalzados
Mas veces de los rayos son tocados.
En los casos aviesos
No pierde la esperanza, ni confia
En los buenos sucesos
El ánimo que está de noche y dia,
Para ser combatido,
De templanza y valor apercebido.
Con lluvia y noche oscura
Si el cielo se escurrece, él se serena;
No si falta ventura
Agora, ha de durar siempre la pena;
Que Apolo ya su musa
Despierta, y ya del arco y flechas usa.
En las dificultades
Te muestra de animoso y fuerte pecho,
Y en las prosperidades,
Cuando el favor soplaré mas derecho,
Recoge con buen tiempo
La vela que va hinchada con el viento.

IMITACION DE LA ODA XII, LIB. II.—*Nolis.*

El canto y lira mia
No dicen las escuadras, las francesas
Banderas en Pavia
Captivas, ni las armas cordobesas,
Ni el nuevo mundo hallado,
Ni el mar con turca sangre hora bañado.
A son de trompa clara
Y con héroico verso á tí conviene,
Grial, cantar la rara
Virtud del de Vivar, que par no tiene,
O con mas libre pluma
Hacer de nuestros hechos rica suma.
Mi musa no se emplee
Mas de en la ilustre Nise, en su hermosura,
Que el sol igual no vee,
La luz de su mirar, y la dulzura
Su voz, que cuando suena
Alimpia de dolor el alma y pena.
¿Por dicha habrá tesoro
Que á su rico cabello se compare,
Aunque se junte el oro
Que el indiano suelo engendra y paré,
Y cuanta pedrería
Ormuz á Portugal y Persia envía?
Pues ¿qué sentido os deja,
Que la libertad no roba, cuando inclina
Al beso, ó falsa aleja
La boca hermosísima, y se indina,
Amando el ser forzada,
Y á veces ella os besa, no rogada?

No te sufre la tierra;
Pues allá hallarás quien te haga guerra.
Tomando vas á todos
Tus vasallos las tierras que han comprado,
Y por todos los modos
Que puedes en sus tierras te has entrado,
Y de sal avarienta,
Solo á robarlo así no estás contento.
A la mujer cuitada,
Cargada con sus hijos, vas echando
De su pobre morada,
Su dura suerte y tu crueldad culpando,
Y el marido lloroso
Venganza pide al cielo poderoso.
A aquestos les consuela
Ver que aqueste señor de grande estado
El infierno le espera,
Do será por menudo castigado
De cuantas sinrazones
Hizo tomando ajenas posesiones.
¿Qué andas imaginando
Para adquirir mas de lo adquirido?
Que la muerte domando
A todos va cuantos acá han nacido,
Así á los mas señores
Como á los miserables labradores.
Pues á la centinela
Que la infernal morada está guardando,
No pienses con cautela
Ni con puro dinero ir engañando,
Pues nunca por dinero
Pudo engañar Proteo al gran portero.
Este tiene en cadena
A Tántalo y á todo su linaje,
Este saca de pena
Al pobre que la vida le era ultraje,
Y al que vive contento
Le hace gustar la muerte en un momento.

ODA IV, LIB. III.—*Descende.*

Deciende ya del cielo,
Caliope, oh reina de poesía,
Por largo espacio el suelo
Hinche de melodía,
O la flauta sonando
O ya la dulce citara tocando.
¿Ois? O mi locura
Dulce me engaña á mí; porque el sagrado
Canto se me figura
Que oyo, y que llamado,
Bosque paseo ameno,
De frescas aguas, de aire blando lleno.
En el monte Vulturo,
Do me crié en la Apulia, fatigado
En mi niñez de puro
Jugar, todo entregado
Al sueño, me cubrieron
Unas palomas que sobrevinieron,
De verdes hojas; tanto,
Que á todos admiró cuantos la sierra
Y risco de Acaranto,
Y la montuosa tierra
De Bata y de Piñano
Moran el abundoso y fértil llano,
En ver cómo dormía,
Ni de osos ni de viboras dañado,
Y cómo me cubría
De mirto amontonado
Y de laurel un velo,
Que este ánimo en un niño era del cielo.
Por el alto Sabino
Vuestro voy, vuestro, oh musas, y do quiera
Que vaya, ó si camino
Al Tibur en ladera,
O si al Penestre frío,
O si al bayano suelo el paso guío.
Porque amo vuestros dones,
En los campos filipos en huida
Los vueltos escuadrones
No cortaron mi vida,

Ni el tronco malo y duro,
Ni en la mar de Sicilia el Palinuro.
Como os tenga primero
Conmigo, tentaré de buena gana,
O hecho marinero,
Del mar la furia insana,
O hecho caminante,
Los secos arenales de Levante.
Por entre los britanos,
Fieros para los huéspedes, seguro,
Y por los gupuzcanos,
Que brianan sangre puro,
Y por la Scitia helada
Iré, y por la Gelona, de arco armada.
Cuando del trabajado
Oficio el alto César de la guerra,
Buscando algún reposo,
En los pueblos encierra
La gente de pelea,
Con vosotras se asconde y se recrea.
Vosotras el templado
Consejo y la razón dais, y por gloria
Teneis haberle dado;
Que pública es la historia
De la titana gente,
Cómo la destruyó con rayo ardiente
Quien los mares ventosos,
Quien la pesada tierra, quien los muros
Altos y populosos,
Y los reinos oscuros,
Y solo él los mortales
Y los dioses con leyes rige iguales.
Bien es verdad que puso
Aquella fiera gente, conlada
En sus brazos, confuso
Temor en la morada
Soberana del cielo,
Adó subir quisieron desde el suelo.
¿Qué mas parte podían
Ser Mimas ni Tifon ni el desmedido
Porfirio? ó ¿qué valían
El Reto, el atrevido
Encelado, que echaba
Los árboles al cielo, que arrancaba,
En contra el espantoso
Escudo de la Pálas? A su parte
Vulcano hervoroso
Y Juno estaba y Marte,
Y quien jamás desecha
De sus hombros la aljaba ni la flecha;
Y baña en la agua pura
Castalia sus cabellos, y es servido
De Licia en la espesura,
Y el bosque do ha nacido
Posee, y el que solo
En Delo y en Patara reina, Apolo.
De sí misma es vencida
La fuerza sin consejo y derribada,
Mas la cuerda y medida
Del cielo es prosperada,
A quien la valentía
Desplace, dada al mal de noche y día.
Testigo es verdadero
De mis sentencias Gias, el dotado
De cien manos, y el fiero
Orion, el osado
Tentador de Diana,
Domado con saeta soberana.
Dúese la cargada
Tierra sobre sus partos, y agramente
Ver su casta lanzada
En el abismo siente,
Ni el fuego á la montaña
De Etna sobrepuerto gasta ó daña.
Y del vicioso Ticio
Jamás se aparta el buitre ni se muda,
A su maldad y vicio
Dado por guarda cruda,
Y está el enamorado
Pirito en mil cadenas apretado.

ODA VII, LIB. III.—*Quid spes.*

Porque te das tormento,
Asterie, no será el abril llegado,
Que con próspero viento,
De riquezas cargado,
Y mas de fe cumplido,
Tu Giges te será restituído,
Que en Orico de agora,
Después de las Cabrillas revoltosas,
Del viento guiado, mora,
Las noches espaciosas
Y frias desvelado
Pasa, y de largo lloro acompañado.
Bien que con maña y artes
De su huésped Eloé, el mensajero
Le tienta por mil partes,
Diciendo el dolor fiero
En que la triste pasa,
Y cómo con tu fuego ella se abrasa.
Y cómo la alevosa
Antea movió á Preto con fingida
Querella; apresurosa-
Mente quitar la vida
Al casto en demasia
Belerofonte, el mismo le decia.
Y cuenta cómo puesto
En el último trance fué Peleo,
Mientras que huye honesto
Hipólito, y arreo
Le trae toda la historia
Del mal ejemplo el falso á la memoria;
En balde, porque á cuanto
Le dice está mas sordo que marina
Boca, ni por espanto
Ni por ruego se inclina;
Tu huye por tu parte
De Enipeo, tu vecino, enamorarte.
Aunque ni en la carrera
Ninguno se le iguala, ni con mano
Revuelve mas ligera
El caballo en el llano,
Ni con igual presteza,
Nadando, corta el Tibre su braveza.
En siendo anochecido
Tu puerta cierra, y no abras la ventana
Al canto dolorido
De la flauta alemana,
Y aunque mil veces fiera,
Tú mas dura en no oírle persevera.

ODA IX, LIB. III.—*Donec gratus.*

Mientras que te agradaba,
Y mientras que ninguno mas dichoso
Los brazos anudaba
Al blanco cuello hermoso,
Mas que el persiano rey fuí venturoso.
Y yo mientras no amaste
A otra mas que á mí, ni desdichada,
Por Cloe me dejaste,
De todos alabada,
Y mas fuí que la Iliá celebrada.
A mí me manda agora
La Cloe, que canta y toca dulcemente
La viguela sonora,
Y porque se acreciente
Su vida, moriré yo alegremente.
Y yo con inflamado
Amor á Calais quiero y soy querida,
Y si el benigno hado
Le da mas larga vida,
La mía daré yo por bien perdida.

E. XVI-II.

HORACIO.

Mas ¿qué, si torna al juego
Amor, y torna á dar firme lazada?
¿Si de mi puerta luego
La rubia Cloe apartada,
A Lida queda abierta y libre entrada?

LIDIA.

Aunque Calais hermoso
Es mas que el sol, y tu mas bravo y fiero
Que mar tempestuoso,
Mas que pluma ligero,
Vivir quiero contigo, y morir quiero.

ODA X, LIB. III.—*Extremum.*

Aunque de Scitia fueras,
Aunque mas bravo fuera tu marido,
Condolerte debieras,
Lice, del que ofrecido
Al cierzo tienes en tu umbral tendido.
La huerta, la arboleda
¿No ves, del fiero viento combatida,
Cuál brama? ¿Cuál se queda
La nieve ya caída,
Del aire agudo en el mármol convertida?
Deja; que es desamada
De Vénus esa tu soberbia vana;
No te halles burlada.
No te engendró Toscana
A ser, como Penélope, inhumana.
¿Oh! aunque á doménarte
Ni tu marido, de otro amor trocado,
Ni ruego ni oro es parte,
Ni del enamorado
La amarillez tenida de violado;
Un poco de mesura
Usa conmigo, oh sierpe mas que yerta
Encina y roble dura;
Que no siempre tu puerta
Podré sufrir al agua descubierta.

ODA XVI, LIB. III.—*Inclusas.*

Asaz tenía guardada
A Danae de noturnos amadores,
La torre fabricada
De metal, y de perros veladores
La centinela alerta,
Y mas fuerte que acero la gran puerta,
Si del padre medroso,
Guardador de la virgen, no burlaran
Vénus y el poderoso
Júpiter, y ambos juntos acordaran
Ser seguro camino
Para entrar, convertirse en oro fino.
El oro tiene tanta
Fuerza, que va por medio de la guerra,
Y las piedras quebranta
Con mas fuerza que el rayo viene á tierra;
Por oro destruida
Fué la casa de Argivo esclarecida.
El rey Filipo hendía
Las puertas y los muros torreados
Con dones, y vencía
A los reyes contrarios obstinados;
Pone el don extranjero
Al feroz capitan grillos de acero.
Cuanto mas va creciendo
La riqueza, el cuidado de juntalla
Tanto mas va subiendo,
Y la sed insaciable de aumentalla;
Por eso huyo medroso,
Mecénas, el ser rico y poderoso.
Al que menos codicia
Le da Dios y se harta fácilmente;
Dejando de avaricia,
El bando sigo de la pobre gente,
Y huyo muy contento
Del real del que es rico y avariento.

3

Y soy mas verdadero
Señor de la hacienda no estimada,
Que no si en mi granero
Cuanto ara y coge Apulia yo encerrara,
En medio de riqueza
Tanta viviendo en misera pobreza.
No entiende el poderoso
Señor que manda el Africa marina
Que estado mas dichoso
Que el suyo me da el agua cristalina
De mi limpio arroyuelo,
Mi fértil monte y campo pequenuelo.
La calabresa abeja,
Aunque no me da miel blanca y sabrosa,
Ni mis vinos añeja
La cueva Listrigonia tan famosa,
Ni traigo mis ganados
En los pastos de Francia apacentados;
Ni vivo con pobreza,
Ni la vida tener suelo alterada;
Y si quiero riqueza
Mayor, no me será por tí negada.
Sin la codicia ardiente
Los tributos daré mas facilmente,
Que no el que poseyere
Juntas Arcadia y Tracia poderosas.
A aquel que mucho quiere,
Le han de faltar por fuerza muchas cosas;
No es mal afortunado
A quien Dios poco, que le baste, ha dado.

ODA XXVII DEL LIB. III.—*Impios.*

Agüero en la jornada
Al malo de la voz del pico oida,
Y la perra preñada,
Y la zorra parida,
Y del monte la loba decendida;
Y rompa el comenzado
Camino la culebra, que torciendo
Ligera por el lado,
Al cuartago tremendo
Dejó; que yo temo agora, habiendo
Con santa voz movido
De adonde nace el sol el cuervo abuelo,
Primero que al querido
Lago, rayendo el suelo,
Volase la sagaz del negro cielo?
Dichosa adó quisieres
Podrás ir, Galatea, y acordada
De mi vive do fueres;
No veda tu jornada
Ni pico ni corneja desastrada.
Mas mira cómo, lleno
El Orion de furia, va al poniente;
Yo sé quién es el seno
Del Adria luengamente,
Y cuanto estrago hace el soplo oriente.
La tempestad que mueve
El resplandor egeo que amanece,
Quien mal quiero la pruebe,
Y el mar que brama y crece,
Y las costas azota y estremece.
Que así del engañoso
Toro la blanca Europa confiada,
Con rostro temeroso
Miró la mar enajada
De formas espantables, aunque osada.
La que poco antes era
Maestra de guirnalda, robadora
De la verde ribera,
En breve espacio de hora
No vió mas de agua y cielo, noche, y llora.
Y luego que se vido
En la poblada Creta, enajenada
De todo su sentido,
¡Oh padre, oh voz amada!
Por un ciego furor tan mal trocada;
Y dijo: «¿Ay enemiga
De mí! ¿dó y de dó vine? ¿Todo el bando
Del mal no me castiga?

¿Por dicha estoy llorando
Culpada, ó inocente estoy soñando?
¿O velo, ó sueño vano,
Del umbral de marfil aparecido,
Me burla? ¡Ay! ¿cuán mas sano
Fuera el prado florido
Que las olas del mar embravecido!
Si me entregase alguno
Aquel novillo malo en que venia,
Con hierro uno á uno
Quebrar me esforzaria
Los cuernos que poco há tanto queria.
Desvergonzada, el techo
De mi padre dejé; desvergonzada,
¡Después de lo que he hecho
Respiro? ¡ay Dios! cercada
Me vea yo, y de tigres ya tragada,
Antes que se desjugué
La presa, y magrez aborrecida
El fresco rostro arrugue;
Que así bella y florida
Deseo de leones ser comida.
Europa vil, tu ausente
Padre te aprieta el nudo; da, mezquina,
¿Qué dudas? prestamente
El cuello á aqueza encina
Con este cordon tuyo, que adevina
Ceñiste, ó si te agrada
El risco agudo y el despeñadero,
Sus, muere despenada,
Entégate al ligero
Viento; si no es que, hija de rey, quiero
Obedecer esclava
A bárbara mujer en vil estado.
Presente al lloro estaba,
Riendo falsa, al lado
La Venus y su hijo desarmado.
Y de burlar contenta,
Le dijo: Si aquel mal toro á deshora
Tornare, tened cuenta
No le hirais, Señora,
Nios le mostréis tan brava como agora.
Aprende á ser dichosa;
¿Del Júpiter (no flores) no vencido
No ves que eres esposa?
Del orbe dividido
El tercio gozará de tu apellido.

ODA I, LIB. IV.—*Intermissa.*

Después de tantos dias,
Oh Venus, otra vez soplas el fuego
De tus duras porfias;
No mas por Dios, no mas por Dios, te ruego;
Que no soy cual solia
Cuando á la hermosa Cinara servia.
No trates mas en vano,
¡Oh de amor dulce cruda engendradora!
Rendirme, que estoy cano
Y duro para amar; véte en buen hora,
Revuelve allá tu llama
Sobre la gente moza, que te llama.
Si un corazon procuras,
Cual debes, abrasar, y si emplearte
Debidamente curas,
Con Máximo podrás aposentarte;
Haz allí tu manida,
Que de nadie serás tan bien servida;
Porque es mozo hermoso,
Y en todo cuanto hace es agraciado;
Es noble y generoso,
De mil habilidades adornado,
Y defensa elocuente
Del acuitado reo diligente.
El llevará animoso
De tu capitania la bandera;
Y si, mas poderoso
Que el rico contendor, le echare fuera,
Por este beneficio
Te servirá con templo y sacrificio.

ODA II DEL EPODON.—*Beatus.*

Dichoso el que de pleitos alejado,
Cual los del tiempo antiguo,
Labra sus heredades, olvidado
Al logrero enemigo.
Ni el arma en los reales le despierta,
Ni tiembla en la mar brava.
Huye la plaza y la soberbia puerta
De la ambicion esclava.
Su gusto es, ó poner la vid crecida
Al álamo ajuntada,
O contemplar cuál pace, desparcida
Al valle, su vacada.
Ya poda el ramo inútil y ya ingiere
En su vez el extraño,
O castra sus colmenas, ó si quiere,
Tresquila su rebaño.
Pues cuando el padre Otoño muestra fuera
La su frente galana,
¿Con cuánto gozo coge la alta pera
Y uvas como grana,
Y á tí, sacro Silvano, las presenta,
Que guardas el egido!
Debajo un roble antiguo ya se asienta,
Ya en el prado florido.
El agua en las acequias corre, y cantan
Los pájaros sin dueño.
Las fuentes al murmullo que levantan
Despiertan dulce sueño,
Y ya que el año cubre campo y cerros
Con nieve y con heladas,
O lanza el jabali con muchos perros,
En las redes paradas,
O los golosos tordos, ó con liga
O con red engañosa,
O la extranjera grulla en lazo obliga,
Que es presa deleitosa.
Con esto ¿quién del pecho no desprende
Cuánto en amor se pasa?
¿Pues qué, si la mujer honesta entiende
Los hijos y la casa?
Cual hace la sabina ó calabresa,
De andar al sol tostada,
Y ya que viene el amo, enciende apriesa
La leña no mojada,
Y ataja entre los zarzos los ganados,
Y los ordeña luego,
Y pone mil manjares no comprados,
Y el vino como fuego.
Ni me serán los rombos mas sabrosos,
Ni las ostras, ni el mero,
Ni algunos con levantes furiosos
Nos da el invierno fiero,
Ni el pavo caerá por mi garganta,
Ni el francolin greciano,
Mas dulce que la oliva, que quebranta
La labradora mano,
La malva, ó la romaza enamorada
Del vicioso prado;
La oveja en el disanto degollada,
El cordero quitado
Al lobo, y mientras como, ver corriendo
Cuál las ovejas vienen,
Ver del arar los bueyes, que volviendo
Apenas se sostienen;
Ver de esclavillos el hogar cercado,
Enjambre de riqueza.
Así dispuesto un cambio ya al arado
Loaba la pobreza.
Ayer puso en sus ditas todas cobro,
Mas hoy ya torna al logro.

FRAGMENTO DE LA ANDRÓMACA DE EURÍPIDES.

No trujo, esposo, á Troya cosa buena,
Mas pestilencia vana y desventura,
Cuando á su lecho París trajo á Elena,
Por quien cayendo Troya de su altura,
El Marte griego de mil naos cercado,
Con fuego se deshizo y lanza dura;

De mármol tu figura
Pondrá, so rico techo colocada,
Acercar la agua pura
Del lago Albano, adó serás honrada
Con incienso abundante,
Con cantos y con citara sonanté.
Dos veces allí al dia
Las virgenes y mozos escogidos
Cantarán á porfia
Tu nombre en corro, de la mano asidos,
Y á son yendo cantando,
El suelo herirán de cuando en cuando.
A mí ya no me agrada
Ni mozo ni mujer, ni aquel ligero
Esperar, que pagada
Me es la voluntad, ni menos quiero
Coronarme de rosa,
Ni la embriagada mesa me es gustosa.
Mas ¡ay de mí mezquino!
¿Qué lágrimas son estas que á deshora
Me caen? ¡Ay, Ligurino!
Ay! di, ¿qué novedad es esta que hora
A mi lengua acontece,
Que en medio la palabra se enmudece?
De ti en la noche oscura
Mil veces que te prendo estoy soñando,
Otras se me figura,
Traidor, que en pos de tí, que vas volando,
Ya por el verde prado,
Ya por las raudas aguas sigo á nado.

ODA XIII, LIB. IV.—*Audiwere.*

Cumplióse mi deseo,
Cumplióse, oh Lice; á la vejez odiosa
Entregada te veo,
Y todavía parecer hermosa
Cuanto puedes procuras,
Y burlas, y haces mil desenvolturas.
Y con la voz temblando
Cantas por despertar al perezoso
Amor, que reposando
Se está despacio sobre el rostro hermoso
De Chia la cantora,
Que de su edad está en la flor agora.
Que sobre seca rama
No quiere hacer asiento ni manida
Aquel malo, y desáma—
Te ya, porque la boca denegrida
Y las canas te afean,
Que en la nevada cumbre ya blanquean.
Y no son poderosas,
Ni las granas de Coo ni los brocados
Ni las perlas preciosas
A tornarte los años que encerrados
Debajo de su llave
Dejó la edad, que vuela mas que el ave.
¿Qué se hizo aquel donaire,
Aquella tez hermosa? ¿Dó se ha ido
Del movimiento el aire?
¿Aquella, aquella dó ha desaparecido,
Aquella en quien bullia
Amor, que enajenado me tenia?
No hubo mas amada
Beldad después de Cinara, mas clara,
De mas gracias dotada;
Mas ¡ay! ¿cómo robó la muerte avara
A Cinara temprano,
Y con la Lice usó de larga mano?
Díole que en larga vida
Con la antigua corneja compitiese,
De años consumida.
Para que con gran risa ver pudiese
La gente moza herviente,
Vuelta en pavesa ya la hacha ardiente.

Ni á mi esposo, que triste al carro atado,
Le trajo en torno el muro por el suelo.

Y yo de mi alto techo al desconsuelo
De aquesta triste playa fui traída,
Cubierta de cativo horrible velo;
¡Cuánta agua por mi faz cayó vertida
Cuando dejé mi casa y mi marido!
¡Ay triste! y ¿para qué ya el sol lucido,
Esclava de Hermione brava y cruda,
Que á aqueste duro estrecho me ha traído,
Ansiosa y de mortal favor desnuda,
Estoy á aquesta imagen abrazada,
En lloro deshaciéndome, cual suda
El agua por la piedra destilada?

DE LA MISMA.

O no nacer jamás escojo y quiero,
O ser de padres buenos,
Y en techos suntuosos heredero
Y de noblezas llenos.
Que si lo que es difícil acontece,
Los que son bien nacidos
No son de lo que ayuda y favorece
La escasez validos.
De la proeza antigua y celebrada
Les viene honra y gloria;
Que de los virtuosos no es gastada
Con tiempo la memoria;
Que aun muertos su virtud les resplandece
Como clara lumbrera,
Y así, es mejor perder lo que se ofrece
Por no justa manera,
Que con ofensa odiosa y violenta
Hollar á la justicia.
Bien es aquesto dulce y bien contenta
A la mortal malicia;
Mas tiempo con el tiempo se marchita
Su flor y seca queda,
Y afrenta á las familias da infinita
En cuanto el siglo rueda.

DE PÍNDARO, LA ODA PRIMERA.

El agua es bien precioso,
Y entre el rico tesoro
Como el ardiente fuego en noche oscura,
Ansi relumbra el oro,
Mas, alma, si es sabroso
Cantar de las contiendas la ventura,
Ansi como en la altura
No hay rayo mas luciente
Que el sol, que, rey del dia,
Por todo el verme cielo se demuestra;
Ansi es mas excelente
La olimpica porfia
De todas las que canta la voz nuestra.
Materia abundante,
Donde todo elegante
Ingenio alza la voz, ora cantando
De Rea y de Saturno el engendrado,
Y juntamente entrando
Al techo de Hieron alto preciado.
Hieron, el que mantiene
El cetro merecido
Del abundoso cielo siciliano,
Y dentro en si cogido
Lo huene y la flor tiene
De cuanto valor cabe en pecho humano;
Y con maestra mano
Discanta señalado
En la mas dulce parte
Del canto, la que infunde mas contento,
Y en el banquete amado
Mayor dulzor reparte.
Mas toma ya el laud, si el sentimiento
Con dulces fantasías
Te colma y alegrías
La gracia de Fernico, el que en Alfeo

Volando sin espuela en la carrera,
Y venciendo el deseo
Del amo, le cobró la voz primera.
Del amo glorioso
En la caballería,
Que en Siracusa tiene el principado,
Y rayos de si envía
Su gloria en el famoso
Lugar que fué por Pelope fundado;
Por Pelope, que amado
Fué ya del gran Neptuno,
Luego que á ver el cielo
La Cloto le produjo, relumbrando
En blanco marfil uno
De sus bombros, al suelo
Con la extrañez jamas vista admirando.
¡Ay espantosos hechos!
Y en los humanos pechos,
Mas que no la verdad desafeitada,
La fabula, con lengua artificiosa
Y dulce fabricada,
Para lanzar su engaño es poderosa.
Merced de la poesia,
Que es la fabricadora
De todo lo que es dulce á los oidos,
Y así lo enmiela y dora,
Que hace cada dia
Los casos no creibles ser creidos;
Mas los dias nacidos
Despues ven el engaño.
Lo que al hombre conviene
Es fingir de los dioses lo que es diño;
Siquiera es menor daño,
Por donde á mi me viene
Al ánimo cantar de ti, divino
Tantálides, diverso
De lo que canta el verso
De los antepasados, y es, que habiendo
A los dioses tu padre combinado,
Y en Sipilo comiendo,
Neptuno te robó, de amor forzado.
Domóte amor el pecho,
Y en carro reluciente
Te puso adonde mora el Jove magno,
Adó en la edad siguiente
Vino al saturnio lecho
En vuelo el Ganimedes soberano.
Mas como el ojo humano
Huiste, y mil mortales,
Que luego te buscaron,
A tu llorosa madre no trajeron
Ni rastro ni señales;
Por tanto, no faltaron
Vecinos envidiosos que dijeron
Que por cruel manera
En ferviente caldera
Los dioses te cocieron, y traído
A la mesa de esta arte,
Entre ellos te comieron repartido.
Mas tengo por locura
Hacer del vientre esclavo
A celestial alguno, y carnicero.
Yo al fin mis manos lavo,
Que de la desmesura
El daño y el desastre es compañero;
Y mas que de primero
El Tantalo fué amado
De los gobernadores
Del cielo, si lo fué ya algun terreno.
Bien que al amontonado
Tesoro de favores
No le bastando el pecho, de relleno,
Rompió en un daño fiero,
Que el Júpiter severo
Le sujetó á la pena caediza;
Y así, el huir que siempre fantasea,
Y el miedo que le atiza,
Ajénante de cuanto se desea.
Y de favor desnudo,
Padece otros tres males
Demás deste mal crudo; porque osada-
Mente dió á sus iguales

La ambrosia que no pudo,
Y el néctar de los dioses colocada
Tienen su bienhadada
Y no finible vida.
Mas, ¡cuánto es loco y ciego
Quien fia de encubrir su hecho al cielo!
Despues desta caída,
Tambien el hijo luego
Tornaron al lloroso y mortal suelo;
Y como le apuntaba
La barba ya, y estaba
El mozo en su vigor y florecia,
Al rico y generoso casamiento
Que entonces se ofrecia,
El ánimo aplica y pensamiento.
Ardiendo pues desea
A la Ipodamia,
Del claro Pisador ilustre planta;
Ya do la mar batía,
Cuando la noche afea
Al mundo, solo busca al que quebranta
Las ondas y levanta;
Al cual, que encontiente
Junto del aparece,
Le dice: «Si contigo aquel pasado
Tiempo sabrosamente
Algo puede y merece,
Y si ya mi dulzor te vino en grado,
Enflaquece la mano
Y lanza del Pisano,
Y dame la vitoria en Elis puesto,
Que á dilatar las bodas y concierto
El padre está dispuesto,
Dado que son ya trece los que ha muerto.
»Lo grande y peligroso
No es para el cobarde,
El alto y firme pecho lo presume;
Y pues temprano ó tarde
Es el morir forzoso,
¿Quién es el que sin nombre y vil consume,
Y en honda noche sume
El tiempo de la vida,
De toda prez ajeno?
Al fin estoy resuelto en esta empresa,
Y tuya es la salida
Y el dar suceso bueno.»
Y dicho esto calló, mas no fué aviesa
De aquesta su requesta
La divina respuesta;
Porque dándole nueva valentía,
Le puso en carro de oro, en los mejores
Caballos que tenia,
Con alas no cansadas voladores.
Y así alcanzó vitoria,
Y fué suya la virgen; y casados,
De alto fecho y gloria,
Seis principes, seis hijos engendrados
Dejaron. Y pasados
Los dias, yace agora
En tumba suntuosa
A par del agua alfea, á par de la ara,
De las que el mundo adora
La mas noble y gloriosa;
Y hace que su nombre y fama clara
Por mil partes se extienda
La olimpica contienda
Que se celebra allí, do el pié ligero,
Do hacen las osadas fuerzas prueba;
Y quien sale el primero,
Dulcísimo descanso y gozo lleva
Para toda la vida;
Tanto es precioso y raro
El premio que consigue, y siempre aviene
Ser excelente y raro
El bien que de avenida
Y junto y en un dia al hombre viene.
Mas á mi me conviene
Con alto y noble canto,
Por mas aventajado,
En el veloz caballo coronarte;
Hieron ilustre. Y cuanto
A todos en estado

Vences y en claros hechos, celebrarte
Tanto con mas hermosas
Y mas artificiosas
Canciones yo presumo. Vive y crece,
Que Dios tiene á su cargo tu ventura,
Y si no desfallece,
Aun yo te cantaré con mas dulzura.
Cantaré he vitorioso
En voladora rueda;
Y Cronio, que hacia el sol continuo mira,
Para que tanto pueda,
Me infundirá copioso
Don de palabras vivas. Que en mí inspira
Fortisima y me tira
A si, hecha señora,
La musa poderosa;
Que cada uno en uno se señala,
Y todo al Rey adora.
No busques mayor cosa;
Y el cielo que en lo alto de la escala
Te puso, te sustente
Allí continuamente;
Y yo de tan ilustre compañía
Me vea de continuo rodeado,
Y claro en poesia,
Por todo el griego suelo andar nombrado.

DE TIBULO, ELEGIA III, LIB. II.

Al campo va mi amor, y va á la aldea;
El hombre que morada un punto solo
Hiciere en la ciudad, maldito sea.
La mesma Venus deja el alto polo,
Y á los campos se va, y el dios Cupido
Se torna labrador por esto solo.
¡Ay, yo con qué placer, si permitido
Me fuera estar do estás, con el arado
Rompiere el fértil campo endurecido,
Y en hábito de aldea disfrazado
Siguiere el paso de los bueyes lento,
De tus hermosos ojos sustentado!
Si me abrasara el sol, ningun tormento
Sintiera ni dolor, ni si la esteva
Las manos me llagara en partes ciento;
Que Apolo bien así en forma nueva
De las vacas de Admeto fué vaquero,
Y hizo de su amor ilustre prueba.
La música y belleza contra el fiero
Amor no le valió, ni saludable
Yerba de cuantas él halló primero.
Toda su medicina al incurable
Golpe quedó rendida, y traspasada
Su alma fué con flecha penetrable.
Llevó y tornó del pasto la vacada,
La leche fué exprimida por su mano,
Y en las redondas formas apretada.
¡Ay! cuántas veces, cuántas de su hermano,
Que en pos de algun novillo le encontraba,
Se avergonzó Diana, mas en vano.
El cabello, que al oro despreciaba,
Revuuelto le traía y desgreñado;
Que el duro amor así se lo mandaba.
¡Oh venturosa edad! ¡siglo dorado!
Cuando sin deshonor ni inconveniente
Aun á los mesmos dioses era dado
Servir al dulce amor abiertamente.

Ardí, y no solamente la verdura
Deste mi breve año, amor, te he dado,
Mas del maduro otoño una gran parte.
Pedia libertad, y hasme apretado,
Como preso que huye, con mas dura
Cadena, y no me vale ruego ni arte.
¡Ay triste! ¡habrá en el mundo alguna parte
Segura en cueva, en monte, en la mar honda,
Abismo do me esconda,
Y libre deste mal con mi destierro
Siquiera de mis años lo postrero?
Con razon temo tu poder crecido,